

hábil ingeniero. Dícese que una de aquellas máquinas infernales arrojaba piedras de mil doscientas libras, que tenía nueve pies de ancho, y que al disparar retemblaba la tierra á la distancia de cinco mil pasos, siendo necesario para llevarla de una parte á otra dos mil hombres y setenta pares de bueyes. Había otra de calibre de mil libras, otra de ochocientas, y muchas no tan considerables, pero no bajaban del de doscientas: máquinas mas terribles en la apariencia que en la realidad, á causa de las dificultades y peligros que ofrecía su manejo. Habiéndose calentado en muy poco tiempo la mayor de todas ellas, como era de temer, reventó en medio de la muchedumbre, y mató, entre otros, al ingeniero apóstata que recibió así el castigo de su crimen, antes que el premio de sus servicios.

Añadió el turco las minas, las torres, las plataformas, y todas las invenciones y trabajos propios para reducir una plaza á los destrozos de la artillería; los que se ejecutaron con una celeridad increíble, mediante los millones de brazos que tenía á sus órdenes, y su liberalidad en recompensarlos. Pareciéndole que estaban las brechas en buen estado, mandó dar el asalto á las tropas de Asia que estimaba muy poco, y fueron las primeras que espuso, no tanto para vencer, como para fatigar á los sitiados. Mas luego que vió los fosos llenos de muertos, emprendió él propio el ataque con las tropas de Europa. Recorria todas las filas, exhortaba, amenazaba, pronunciaba imprecaciones, blasfemaba y comunicaba su furor á

cuentos estaban á su lado. Sus genízaros avanzaban con intrepidez, se arrojaban á las brechas, se empujaban y arrastraban unos á otros; mas fueron inútiles todos sus esfuerzos, porque se defendieron los griegos con un ardor igual al del ataque, y con una destreza muy superior. Mientras acuchillaban á cuantos acudían á la brecha, causaba su artillería un destrozo horrible en la multitud confusa que corría á los fosos. Hicieron salidas muy oportunas contra los infieles, quemaron parte de sus máquinas, inutilizaron sus minas, y destruyeron sus trabajos: lo que sucedió con la misma frecuencia con que sus enemigos obstinados reiteraron los ataques. Despues de sostener el asalto todo el dia, limpiaban de noche los fosos que habían cegado los turcos, y se reparaban tan perfectamente las brechas, que cuando el sultan juzgaba que al otro dia podría continuar su empresa, veía que era necesario empezar de nuevo. Admirado un dia de lo mucho que en la noche anterior habían trabajado los sitiados, exclamó, que aunque le hubiesen predicho mil profetas lo que estaba viendo por sus propios ojos, no les habría dado crédito.

20. El autor de estos prodigios era Justiniano, cuyo mérito conoció muy pronto el Emperador, y por lo mismo le había confiado el mando de sus tropas. Cuando recibió este encargo, se regeneraron, por decirlo así, aquellos griegos espurios, afeminados, perezosos y cobardes, y se mostraron dignos de su antiguo origen, trabajando infatigablemente de dia y de noche, y llenándose del heroísmo que les inspira-

ban las lecciones y el ejemplo de su caudillo. Ayudaba á este grande hombre en la ejecución de sus designios un ingeniero alemán, consumado en la ciencia de la artillería, de las minas, del fuego griego ó marino, y de toda clase de máquinas é invenciones.

21. Una resistencia tan grande por la parte de tierra, y la llegada de un refuerzo tan grande y tan considerable de navíos, obligaron al sultán á variar el plan de ataque; y en consecuencia pasó á la parte del mar, donde eran mucho menores las fortificaciones, pero sin abandonar por esto los primeros trabajos. Estaba cerrado el puerto, como hemos visto, con cadenas de hierro, y habiendo intentado muchas veces, aunque siempre en vano, vencer aquel obstáculo, Mahomet, que era el hombre mas obstinado y emprendedor que puede imaginarse, resolvió, siguiendo el consejo de un aventurero cretense que habia visto á los venecianos llevar por tierra los navíos de una parte á otra en la guerra de Lombardía, transportar de este modo los suyos por espacio de mas de dos leguas. Se dice que en una sola noche hizo llevar á fuerza de brazos y de máquinas por aquel camino, no menos difícil que largo, atravesando cerros, arroyos y torrentes, setenta navíos y ochenta galeras. En vista del testimonio de los muchos autores que aseguran este hecho, y atendiendo sobre todo á lo que habian ejecutado los venecianos, siendo testigo ocular el emprendedor cretense, parece que no puede dudarse de él; pero no sucede lo mismo con las circunstancias que le acompañan, las cuales son

referidas por historiadores griegos, tan inclinados en todos tiempos á la ficción y á la hipérbole: reflexión que debe aplicarse á otras muchas particularidades de este sitio prodigioso. Luego que estuvieron los navíos en el puerto, hizo construir Mahomet, con una infinidad de toneles, una especie de puente de barcas, de setenta y cinco pies de ancho, que llegaba á poca distancia del muro, y estaba cubierto de cañones de batir.

22. Fue mucha la consternación que causó á los sitiados el espectáculo de unas obras tan formidables, y mas cuando con un puñado de gente tenían que resistir al enemigo por todas partes y á un mismo tiempo en la extensión de una ciudad inmensa. Pero no desmayaron por esto, antes bien se propusieron quemar el puente y la escuadra, para lo cual habia de introducirse una galera genovesa, en una noche obscura, en medio de aquella selva flotante con materias combustibles tan bien preparadas, que la hubieran incendiado en un momento; pero habiendo tenido aviso los turcos, echaron á pique la galera. Se acusó de esto á los habitantes de Gálata, que era propio de los genoveses, y se confirmó la sospecha con el buen tratamiento que recibieron del vencedor despues de la toma de la ciudad.

Entretanto vieron los sitiados cuatro navíos que iban del Archipiélago á socorrer la plaza, y uno de ellos estaba cargado de trigo: recurso muy ténue, comparado con la necesidad en que se hallaban; pero los infelices que se ven en un naufragio, miran la

tabla agitada por las olas como un apoyo sólido. Prorumpieron en mil gritos de alegría, y olvidándose por un momento de su propio peligro, solo pedían al cielo el feliz arribo de aquellos generosos auxiliares. En efecto, era necesario para ello el auxilio de lo alto, ó la negligencia del enemigo, que en semejante ocasion pudo muy bien tenerse por un prodigio.

El desprecio que hicieron los infieles de aquella flotilla atrevida, fue la causa de su derrota. Acercáronse á ella sin precaución, como á una presa que habia caido en sus redes, y cantaron victoria antes de empezar el combate. Una descarga horrible, bien dirigida, los obligó á retirarse en desórden, con un daño infinito en las velas y jarcias, y con una pérdida proporcionada de sus mejores tropas. Volvieron al combate á vista del sultan que estaba á caballo y amenazaba desde la orilla; le renovaron muchas veces, y pelearon bastante tiempo, pero con aquella incertidumbre que se sigue á la temeridad malograda, y que á pesar de la desproporcion del número, establece una perfecta igualdad entre los combatientes. Por fin, fue desbaratada la escuadra otomana despues de haber sufrido unas pérdidas casi increíbles, y huyó vergonzosamente, amenazando, blasfemando y abandonándose Mahomet á todos los movimientos de la rabia y del frenesí. Se arrojó con su caballo contra los fugitivos, metiéndose mar adentro, y esponiéndose á quedar sumergido en las olas; pero no le fue posible hacer que se renovase el combate. Entraron triunfantes en el puerto los cuatro navíos cristianos,

sin haber perdido un solo hombre, y teniendo pocos heridos, sin embargo de que pelearon contra doscientos navíos, ó á lo menos contra ciento y cincuenta, en los que, por confesion de los mismos turcos, hubo mas de doce mil muertos.

Uua desgracia tan imprevista desconcertó los designios del sultan, el cual, viendo que eran infructuosos sus esfuerzos por mar y por tierra, recurrió á la traicion, y trató de corromper á Justiniano, que era el mas firme antemural de Constantinopla. No habiéndolo logrado, fingió que deseaba la paz, y propuso á Constantino, que si consentia en entregarle una ciudad que se hallaba en el mayor apuro, le aseguraria el imperio del Peloponeso. Respondió el Emperador con magnanimidad, que mientras viviese no abandonaria la ciudad imperial.

En este tiempo se esparció la voz de que iba á socorrer á los griegos una escuadra numerosa de occidente, y un egército húngaro, mandado por el valeroso Huniades. La mayor parte de los turcos, poseidos de un terror pánico, que se aumentó con un globo de luz, que segun decían ellos, habia bajado del cielo á Constantinopla, querian que se levantase el sitio inmediatamente, y declamaban sin ningun respeto contra el gran Señor, diciendo que se empeñaba como un frenético en vencer imposibles; que no temia á Dios ni á los hombres; que los llevaba al matadero como si fuesen un vil rebaño, y creía honrarlos bastante haciendo que cegasen los fosos con sus cuerpos, para adquirir él la gloria que tanto ape-

tecia. Temió el sultan, á pesar de su mucho atrevimiento, las consecuencias de esta conmocion, y le faltó muy poco para conformarse con el dictámen de Hali-bajá, que era el gefe de su consejo. Este oficial, que habia sido ayo de Mahomet, favorecia secretamente á los cristianos, y procuró siempre disuadirle de emprender el sitio de Constantinopla. Por el contrario, Zaga-bajá tranquilizó á Mahomet, y le dió á entender que el rumor de la llegada de la escuadra y ejército era únicamente efecto del artificio de los griegos y del terror de los turcos: y en cuanto al fenómeno que despues de haber resplandecido en Constantinopla se habia disipado de repente, dijo que era una señal del último abandono en que dejaba Dios á aquella ciudad, por haber despreciado la paz que se la habia ofrecido. En consecuencia se resolvió que el día 29 de Mayo se daría un asalto general por mar y por tierra, con todas las fuerzas, á un mismo tiempo.

Para animar el cruel sultan á los soldados, abandonó por tres dias la ciudad al saqueo y á todos los escesos; prometió su gobierno al primero que subiese á ella, y solo prohibió el incendio, porque queria hacerla capital de su imperio. Conciliando con este rasgo de inhumanidad las prácticas de una religion que miraba con desprecio, sin embargo de que hacia uso de ella para conseguir sus fines, mandó á todas sus tropas que ayunasen por espacio de tres dias hasta el anochecer, que tuviesen hachas encendidas en honor del Eterno, que se purificasen con el baño, y que hiesen fervorosas oraciones para alcanzar la vic-

toria. Hali-bajá hizo saber á los cristianos esta resolución desesperada, exhortándolos á pelear con valor, porque despues del asalto se habia de levantar el sitio.

Habiendo recibido el Emperador este aviso, mandó hacer procesiones solemnes, en las cuales se llevaron todas las reliquias de la ciudad, y asistieron descalzos los obispos, los clérigos, los monges, los soldados de todas clases, las mugeres y los niños, derramando torrentes de lágrimas, y prorumpiendo en dolorosos gemidos. Despues de esto se abrazaron todos, y se pidieron recíprocamente perdon de las injurias y agravios que pudiesen haberse hecho unos á otros, considerando que iban á morir al día siguiente, y exhortándose sin embargo á pelear con mas valor que nunca. El Emperador comulgó públicamente en la catedral de Santa Sofía, con una multitud de personas de mayor distincion.

23. En fin, habiendo llegado el día fatal, se empezó el ataque mucho antes de amanecer, presentándose á él las peores tropas de los turcos, segun su costumbre, para que cansados los cristianos, no pudiesen resistir á las que entrasen de refresco. Habiendo peleado con mucho esfuerzo y con gran daño de los infieles, recibió Justiniano una herida poco considerable. ¡Ejemplo prodigioso de la inestabilidad, no solo de la fortuna y de la victoria, sino del valor mismo; ó por mejor decir, leccion terrible de aquel Señor Omnipotente que maneja los corazones como los elementos insensibles, y permite que para la ege-

cucion de sus inmutables decretos se convierta el heroismo en cobardía! Justiniano, que hasta entonces habia sido el héroe y el salvador del partido sellado con el anatéma del cielo, muestra la flaqueza propia de una muger tímida, luego que se vé teñido en sangre, abandona su puesto sin dejar quien le reemplace, y huye vergonzosamente. Sus tropas consternadas oponen á los infieles una resistencia muy débil, y aumenta el atrevimiento y furor de estos, al paso que ceden los cristianos. El Emperador, que con las mejores tropas de la guarnicion volaba á todas partes para inflamar á los combatientes, acudió en el mismo instante en que empezaba el desórden; y sabiendo su origen, sigue á Justiniano, le pone á la vista todos los motivos humanos y divinos que deben obligarle á no abandonar en un solo momento el fruto de tantos gloriosos trabajos, y se ofrece á curarle la herida con sus propias manos. Pero el miedo habia sofocado todo principio de valor, y aun las impresiones naturales de la razon. Instigado de su ciego temor, manda Justiniano abrir la puerta de la ciudad, pretestando que así podria volver contra el enemigo con mayor ventaja. Todo esto pasaba por la parte del campo entre las dos murallas, de las cuales era la interior la principal defensa de la ciudad; y hasta entonces habian estado cerradas todas las puertas de comunicacion, para poner á las tropas en la forzosa alternativa de vencer ó morir.

Viendo el pueblo una puerta abierta, y observando al mismo tiempo que los turcos se habian apro-

vechado de aquel desórden para hacerse dueños del recinto exterior, se precipitó hácia la ciudad, unos para defender la segunda muralla, y otros sin ningun designio; y poseidos del terror, se empujaban, se dejaban caer y se atropellaban con tanta violencia y confusion, que quedaron ahogados cerca de ochocientos hombres. Justiniano, que fue el primero que entró, atravesó la ciudad, y segun el historiador Phrances fue á morir á Gálata; pero segun el testimonio mas verosímil de Leonardo de Chio, pasó á esta isla y murió en ella, no tanto de la inflamacion de la herida, cuanto del dolor aun mas cruel que le causaron sus remordimientos, cuando aquel héroe, que solo habia dejado de serlo por un instante, consideró á sangre fria el oprobio eterno con que acababa de manchar su nombre. Añade Calcondilas que habiéndole preguntado el Emperador cuando le instaba á que volviese al combate, adonde podria huir, le respondió en estos términos insensatos: „Adonde el mismo Dios lleve á los turcos.” ¡Tan cierto es que causándole el miedo una impresion en cierto modo preternatural, le habia privado del juicio!

24. Determinado Constantino á sepultarse bajo las ruinas de su imperio, se enardeció mas y mas con un suceso que seguramente debia desalentarle. Acompañado de Teófilo Paleólogo, de Francisco Comneno, de Demetrio Cantacuceno, de Juan de Dalmacia y de muchos oficiales animados con su valor, hizo, en el mismo sitio en que Justiniano acababa de marchitar sus laureles, esfuerzos prodigiosos para recha-

zar el diluvio de bárbaros que se presentaban en todas las brechas. Veinte veces se arrojó en medio de ellos con sable en mano, y causó los mayores destrozos en el centro de sus batallones; pero por cada muerto acudían millares de combatientes. En fin, cansado de matar, oprimido con la multitud de los infieles, estropeado y casi ahogado con el tumulto de los suyos, recibió muchos golpes, uno en la mano, otro en la cara, y otro en la parte posterior de la cabeza, de suerte que cayó en tierra, y murió con las armas en la mano delante de la puerta violentada, la cual defendió hasta el último aliento. Mahomet, justo apreciador de su esfuerzo heroico, mandó que se buscara su cuerpo, y le hizo un entierro magnífico. Se dice que temiendo Constantino caer vivo en manos de los infieles, exclamó con toda su fuerza antes de recibir el golpe mortal: „¿No habrá un cristiano tan generoso que me atravesara el cuerpo con su espada, para impedir que sea profanada en mi persona la magestad del imperio cristiano?” Palabras que no sería extraño profiriese en una situación en que es tan difícil moderarlas, pero que deben atribuirse más bien al deseo de reanimar el valor de sus tropas, que á un efecto de desesperación. Tenemos por el contrario muchos motivos para creer que fue feliz la suerte eterna de este Príncipe, pues había confirmado poco antes, como hemos visto, la unión católica, á instancias del cardenal Isidoro; y si fue culpable en la condescendencia con que trató á sus vasallos cismáticos, bien que era muy peligroso irritarlos en

aquella ocasión, debemos presumir prudentemente, en vista de las obras de piedad de que dió ejemplo durante el sitio, de la recepción de los sacramentos antes de presentarse en la brecha, y en fin, de la muerte que padeció en defensa de su pueblo y de su Religión, que le perdonaría Dios las imperfecciones que pudiese tener todavía.

Constantino, duodécimo de este nombre, fue el último Emperador de los griegos, y con él acabó el imperio de Constantinopla, después de un sitio de cincuenta y siete días. Tenía este Emperador cincuenta años, y llevaba cinco de reinado. Contando desde la dedicación de Constantinopla hecha por Constantino el Grande á 19 de Mayo de 330, subsistió el imperio mil ciento veintitres años, teniendo por primero y último Emperador dos Príncipes llamados Constantinos: semejanza muy tenue, y acaso la única que puede encontrarse entre su principio y su fin.

25. Después de la muerte del Emperador, no hallaron los turcos ninguna resistencia. Los que peleaban por la parte del puerto entraron en la ciudad casi al mismo tiempo que los que la sitiaban por tierra, y uniéndose unos con otros cogieron en medio á las tropas griegas que restaban, haciendo en ellas una horrible carnicería. Los habitantes indefensos, hombres, mugeres y niños, fueron confundidos con los que estaban armados, y perecieron más de cuarenta mil á manos del vencedor, hasta que sucediendo la avaricia á la crueldad, se hicieron sesenta mil